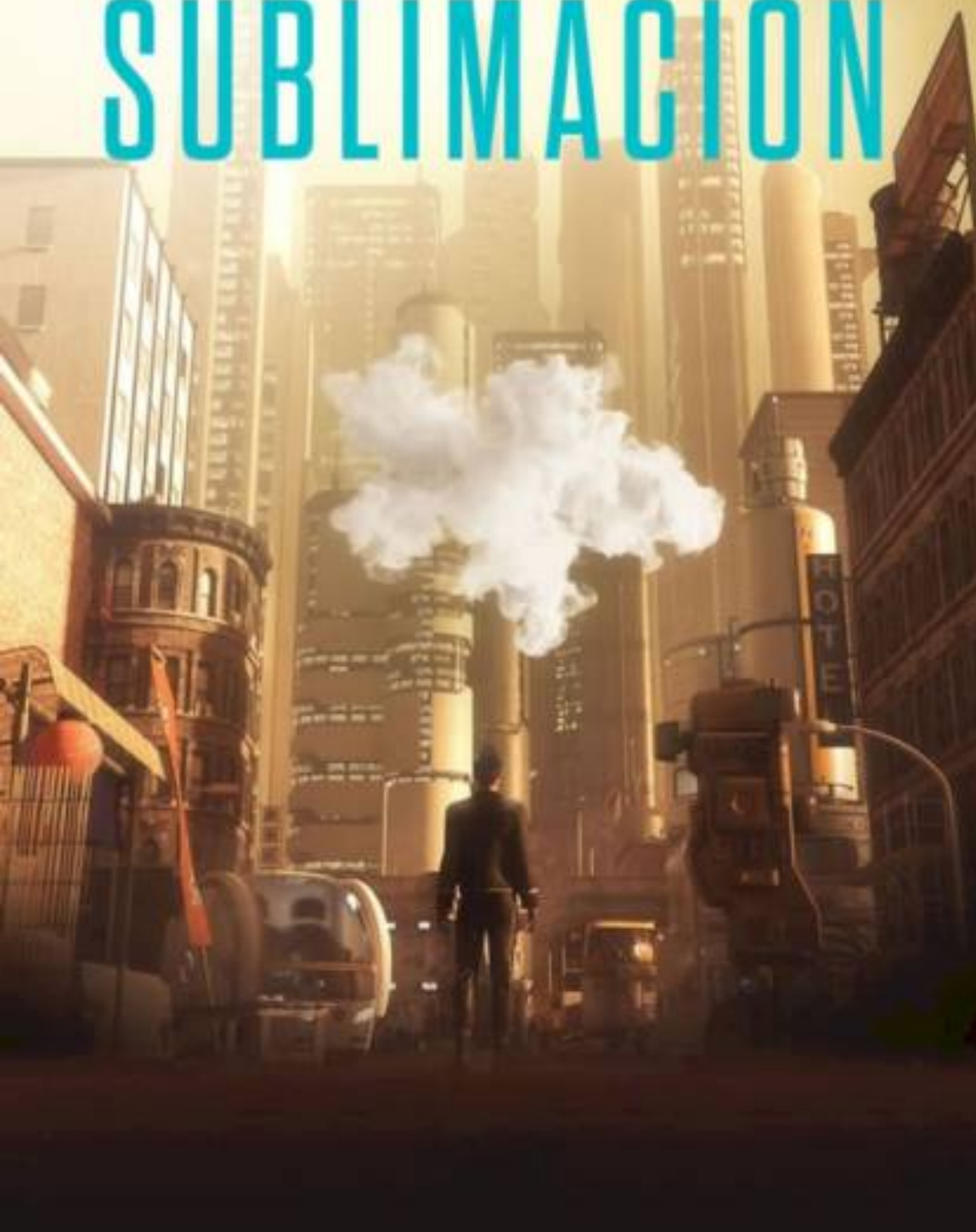


CLARA PEÑALVER

SUBLIMACIÓN



¿Es posible engañar a la muerte?

Sesenta años después de la pandemia que hizo desaparecer al treinta por ciento de la población, la muerte se ha convertido en un lucrativo negocio. Los difuntos ya no son enterrados ni incinerados, sino sublimados y liberados a la atmósfera en forma de un gas inocuo.

Quienes no pueden pagar la sublimación se ven obligados a ceder los cuerpos de sus seres queridos a la ciencia, sin saber dónde acabarán ni qué harán con ellos. Este es el caso de León, un joven de los suburbios que removerá cielo y tierra hasta encontrar el cadáver de su hermana para darle una despedida digna.

Al mismo tiempo, Dante Hermo deberá librar su propia batalla como nuevo gerente del Banco Central de Finados. Un hecho fortuito lo lleva a descubrir una compleja trama de corrupción relacionada con los cuerpos donados. Para enfrentarse a la podrida realidad que lo rodea, Dante contará con una misteriosa aliada, la periodista Elia Melgar. Juntos investigarán una red de amenazas y tráfico de influencias que solo podrán combatir con el arma más antigua y poderosa de la humanidad: la información.

*Para mi hija Leo, esa preciosa pequeñaja
que ha puesto patas arriba mi vida y
me ha robado para siempre el corazón*

Escucha la banda sonora completa de *Sublimación*, compuesta por Fedec Wired Arts, en las principales plataformas de música en *streaming*.

Nunca un llanto abrió con tanta dulzura las
puertas del más allá.
Consulte sin compromiso nuestro servicio de
pañideras.
BCF, especialistas en descanso eterno.

Ring, ring...

Ring, ring...

Ring, ring...

¿Hay algo más molesto que un teléfono que no para de sonar?

Ring, ring...

Ring, ring...

Sí. Saber que quien debe atender la llamada está ocupada hablando por una línea personal.

—¿Y sabes lo que le dije? ¿Lo sabes?

Ring, ring...

—Pues le dije que estaba harta de sus manías y que no pensaba aguantarle ni una más.

Ring, ring...

—¡No! ¿Estás loca?

Ring, ring...

Ring, ring...

Silencio.

Ufff... Y alivio.

El maldito timbre ha dejado de sonar por fin, cosa que no parece haber afectado en absoluto a la parlanchina operadora, que sigue a lo suyo.

—¿Y sabes lo que le dije? ¿Lo sabes?

Pero el descanso es pasajero.

Ring, ring...

Ring, ring...

El teléfono vuelve a las andadas y la mujer, una frondosa cabeza pelirroja al otro lado del mostrador principal, resopla disgustada.

Ring, ring...

–Ay, mamá... Qué harta estoy de esto. Espera, tengo una llamada.

Y ¡premio! ¡Menos mal que ha decidido hacer su trabajo!

–BCF, dígame.

La aguda voz de la recepcionista, el sonido de las puertas automáticas que se abren y cierran ante el más mínimo movimiento, el zumbido del ascensor a escasos metros de donde nos encontramos y los estúpidos anuncios que se repiten en bucle en las enormes pantallas que hay a ambos lados del mostrador tratan de despistarnos. Pero nosotros nos alejamos del torrente de estímulos para... «¿Ha perdido a un ser querido y desea mantener vivo su recuerdo para siempre?» Ejem... He dicho que nosotros nos alejamos para... «Dele el adiós que se merece». Pero ¿qué...? «BCF, especialistas en descanso eterno».

Eh, tú. Sí, tú. Ven, acércate. No te quedes ahí, tengo una historia para ti. Una de las piezas del mastodóntico negocio de la muerte está a punto de saltar y, créeme, sé de lo que hablo, las consecuencias van a ser descomunales.

¿Ves a ese chaval? Ese que no para quieto en su asiento y que mira a su alrededor, nervioso, incómodo ante todo lo que le rodea, esperando a que alguien lo atienda. Él, un cadáver andante cuya muerte presenciarás dentro de poco, va a ser el detonante del escándalo. Se llama León y está aquí por...

–Perdona, ¿se sabe algo de mi hermana?

Exacto. Está aquí por su hermana. Ha llegado justo a tiempo. O eso cree él. La mujer a la que ha parado para preguntar –todo en ella es largo: cuello, torso, brazos, piernas, tacones...– muestra una sonrisa helada y cortante antes de responder.

–Ya le he dicho hace un rato que tiene que esperar. Lo siento.

El chico ni siquiera sabe cómo reaccionar. Este no es su medio. Es un paria aquí, un don nadie sin derecho a que lo atiendan con respeto. Un simple desecho.

—Pero...

La mujer no le da tiempo a rechistar y se aleja dejando atrás el contundente toc toc, toc toc, toc toc de sus zapatos.

Alguien sube el volumen de una de las pantallas. Ya no hay ni rastro de anuncios. En el centro de la imagen, tras un robusto atril de mármol blanco, un viejo orgulloso y estirado pronuncia un discurso ante la atenta mirada de decenas de periodistas. A su espalda, otros dos hombres, sentados en sendos sillones, aguardan su turno. La voz del viejo es grave y temblorosa:

«Hoy es un día importante para el BCF...»

Sí, señor, debe de serlo. ¿Por qué, si no, iba a salir el viejo carcamal de su guarida para plantarse frente a decenas de periodistas y casi un centenar de invitados? Hace años que la única forma de ver al jefe del Ejecutivo central es en soporíferos discursos emitidos en diferido. Así, mostrándose tan firme y seguro de sí mismo, tan encantado de conocerse, tan locuaz, podría engañar casi a cualquiera con sus palabras.

«Aún se me hiela la sangre cuando recuerdo las calles atestadas de cadáveres y los gritos de desesperación de una sociedad al borde del colapso...»

Sin embargo, hazme caso, no es más que un vejestorio anclado al pasado. Se mantiene en el poder porque se le da especialmente bien alimentar el miedo y remover toda la mierda que nos ha traído hasta aquí. Mucha gente quiere verlo muerto. O al menos esta es la idea que lo obsesiona desde hace más de veinte años. Lleva veintidós en el poder, y piensa morir de viejo donde está. ¿Cómo lo llaman? Ah, sí, dictadura plebiscitaria. Según él, fue elegido —una y otra vez, una y otra vez— por la mayoría de la ciudadanía. Y está en lo cierto, teniendo en cuenta que solo el

treinta por ciento de la población goza del derecho de voto. Su máxima aspiración es que su hijo o su nieto lo sucedan. Si su ego le permitiera dar credibilidad a la realidad que lo rodea, entendería que la política del miedo tiene fecha de caducidad. Cuando el hambre y la muerte se apoderan de la sociedad, apenas queda hueco para el temor.

¿Qué? Ah, sí, perdona. Llevas razón, tiendo a dispersarme. Pero, entiéndeme, hace demasiados años que esta narradora a tiempo parcial es testigo atemporal y omnipresente de tamaño despropósito. Siempre he sido positiva. Poniéndome algo intensa, podría decir que mi gasolina es la esperanza. El problema es que los días pasan, las semanas se acumulan, los meses vuelan... ¡y así ya llevo un buen puñado de años teniendo que aguantar a ese mequetrefe experto en ocultar flancos vulnerables y consagrado a la apariencias! Últimamente solo veo muerte y mediocridad, y eso cansa. Sobre todo la mediocridad. La muerte me resulta mucho más cercana.

En fin...

Bien. ¿Por dónde íbamos? Sí, ya. El chico...

León, que desde hace más de dos horas acumula en las entrañas la energía de un volcán a punto de estallar, se arranca con la mugrienta manga del jersey el escozor de las lágrimas, aprieta los puños hasta clavarle las uñas en las palmas y clava la mirada en una de las pantallas.

«Me enorgullece poder decir que en este casi medio siglo, el BCF ha dejado de ser un lugar dedicado únicamente a la muerte para convertirse en el centro neurálgico de la vida de nuestra sociedad».

El chico está agotado. Y muy cabreado. ¿Cómo no estarlo cuando...? Con todo, si toca esperar, esperará. Aunque la cosa no va exactamente como había imaginado – llegar, dar el nombre de su hermana, pagar y decir adiós para siempre–, León sigue albergando la esperanza de que, por primera vez, un marcado pueda conseguir algo

tan inimaginable para alguien de su casta como lo que él está a punto de lograr.

Pero no adelantemos acontecimientos. Ya habrá tiempo de darle voz a León, de pegarnos a sus talones y bucear en la rabiosa energía de sus pensamientos. Ahora, si te parece bien, vamos a dar una vuelta por el BCF.

No te inquietes. Pese a que en este lugar hay rincones en los que ningún ser vivo en su sano juicio querría estar – pronto podrás comprobarlo–, este sitio lúgubre y asfixiante en el que nos encontramos no es uno de ellos. ¿Recuerdas el acto que se emitía en las pantallas de la recepción? Pues bien, el acto ha terminado y nosotros aguardamos en esta estrechez, tras el telón, bajo los focos apagados y rodeados de cables, a que dos de sus protagonistas aparezcan. Me refiero a los dos hombres que había sentados detrás del presidente.

Llegarán en tres, dos, uno...

Ahí tienes al primero. El joven alto que va vestido como un pincel es Dante Hermo. Que no te engañen su aspecto ni su pose; aunque parece un estirado, no es un mal tipo. Solo es un pringado más que aún no sabe que está en el bando equivocado.

Y ese otro que acaba de salir del escenario es Gotardo Gasset, su jefe. Exjefe, para ser exactos. Sobre él tengo poco que decirte por ahora, salvo que no me da muy buena espina. A ti tampoco debería dártela, es demasiado bueno haciendo que parezca que todo va como la seda, y esto siempre es sospechoso, ¿no crees?

–¿Te encuentras bien?

El joven reacciona de un modo extraño al leve toque que ha recibido en el antebrazo, como si no hubiera notado que alguien iba tras él, como si sus oídos hubieran tardado demasiado en reaccionar a la voz. Gotardo observa a Dante y no retira la mirada, esa mirada grave e inquisitiva tan propia de él, hasta que obtiene una respuesta.

–Sí, estoy bien.

Pero no lo está, y se le nota. Para disimular mira atrás, al auditorio. El presidente ya se ha marchado. Fiel a su costumbre, desapareció en cuanto comenzaron las críticas de la prensa y las preguntas incómodas. A lo lejos, los asistentes abandonan en orden sus asientos y se marchan. Avanzan como hormigas, en fila india, siguiendo las indicaciones de los encargados de la seguridad de la sala.

–No le des más vueltas, ha ido perfectamente.

Gotardo le ofrece una sonrisa franca y le da unas palmadas en el hombro. Nunca se había mostrado tan cercano. Sin embargo, Dante no está de acuerdo con él, no puede estarlo porque en el escenario nada ha salido bien.

–Bueno, tendrás trabajo...

–Eh... Sí. Ahora iba hacia tu despacho.

–No, hombre, no. *Tu* despacho. Ahora todo esto depende de ti.

Las palabras de Gotardo hacen que Dante sea más consciente de que en el acto en que lo han presentado como el nuevo gerente del Banco Central de Finados, uno de los puestos más importantes de la nación, no ha estado a la altura.

–Sí, perdona. Mi despacho –dice, paladeando todavía el amargo sabor de la derrota. Se queda en silencio unos segundos antes de continuar–. Solo espero hacer honor a tu legado.

–Te las arreglarás, tranquilo. Aprendiste del mejor.

Gotardo no bromea. Está convencido de que sin él, el BCF y sus delegaciones no serían nada. Y puede que tenga razón, a la vista de lo que se le viene encima al nuevo gerente. Pero no nos adelantemos, esta escena es importante.

–¿Cuántos años han sido, chaval?

–¿Aquí, contigo? Seis. Casi siete.

–¿Y tienes...?

–Treinta y seis.

–Vaya... Acabas de convertirte en el más joven en ocupar este puesto. Enhorabuena, has batido mi récord.

Un silencio espeso, típico de las conversaciones que no fluyen, se extiende entre ambos. Gotardo está irrecognocible, hasta parece un poco incómodo. Míralo, es como si se debatiera entre marcharse ya o...

–¿Tomamos algo esta noche? A modo de despedida.

¿Ves la cara de Dante? La propuesta le ha pillado por sorpresa. Jamás ha compartido nada con ese hombre que no sea un café en un rato de descanso. Y siempre aquí, en esta fortaleza flotante de acero y cristal. La curiosidad le pide que acepte, pero no puede hacerlo.

–Lo siento... Debería ir directo a casa.

–Es verdad, perdona. ¿Cómo está?

La negación del joven, un gesto apenas perceptible, señala el principio del fin de la conversación. Gotardo nunca ha sido de ahondar en la esfera emocional del ser humano, así que, fiel a su naturaleza, evita el tema.

–A veces solo nos queda cruzar los dedos y esperar, ¿eh? Bueno, yo me marcho. Greta quiere llevarme a no sé qué sitio para celebrar que soy un hombre jubilado.

Gotardo se decide a enfilarse hacia la salida.

–Oye, Gott... Se te va a echar en falta por aquí –dice Dante, con la sensación de que algo se queda en el aire.

–Lo sé, hijo, lo sé.

No bromea, lo cree de verdad. Sin duda este Gotardo es todo carácter. Lo curioso es que en lugar de desaparecer en la penumbra dejando atrás el contundente efecto de su respuesta, se queda ahí plantado y, sin volver siquiera la cara, añade:

–Chaval, a partir de ahora vas a ver y oír muchas cosas. Si quieres que te vaya bien por aquí, más te vale aprender rápido cuándo abrir la boca y cuándo sellarla como una tumba.

Vaya, vaya... ¿Qué ha sido eso? ¿Una advertencia o el consejo de un amigo?

Blublublublublú...

Blublublublublú...

Y ahí está de nuevo: un teléfono que suena cuando no debe. Dante mira en su ordenador de pulsera quién es. No tiene tiempo ni de plantearse rechazar la llamada para continuar con la conversación. Le hubiera gustado preguntarle a Gotardo a qué se refiere, qué tipo de cosas va a ver y oír, por qué deberá aprender a... ¿A callar? Se supone que ahora es el Gran Jefe. ¿Por qué debería callar? Cuando levanta la vista de la pequeña esfera holográfica, Gotardo ya camina hacia la salida, así que decide responder.

—Dime.

Una voz de mujer pronuncia palabras ininteligibles al otro lado de la línea.

Mientras escucha, Dante observa a su exjefe alejarse. Gasta las mismas canas que el día que lo conoció, pero se palpa en él el peso de los años y la responsabilidad. La lentitud y casi torpeza de sus movimientos, los profundos surcos de su rostro, la creciente opacidad de su mirada... Los olvidos y los largos silencios tras tomar consciencia de los olvidos. Sin embargo, sigue habiendo algo en él, una especie de rugido interior, como una llama que no lo abandona ni un instante.

—Sí, ya voy para allá. Tardo cinco minutos, no más.

Dante corta la conexión y echa a andar él también hacia la salida, esquivando cables y demás obstáculos. Llega tarde a una reunión un tanto extraña. Para cuando desemboca en los jardines centrales del recinto, la advertencia de Gotardo ha pasado a un segundo plano. Ahora piensa en el acto de presentación y se enfada consigo mismo una vez más. ¿Cómo ha podido ser tan torpe?

Si lo piensa, no se ha enfrentado a esto en buena forma. Para empezar, no ha estado tan nervioso como esperaba. Antes de subir al escenario ha compartido unos minutos de charla con el mismísimo presidente de la nación

y para él ha sido igual que hablar con una persona cualquiera en la cola de un supermercado. El mayor grado de excitación que ha experimentado ha sido al despertar, y no por nerviosismo, sino porque se ha quedado dormido y ha temido llegar tarde el día más importante de su carrera. Salvo en ese momento, ha actuado como un autómeta. Afeitarse, meterse en la ducha, vestirse, peinarse, salir de casa, saludar al chófer y refugiarse en el asiento trasero del Tesla de la empresa. Luego, llegar al BCF, conocer al presidente, escuchar los discursos de Gotardo y del jefe del Estado, ponerse ante el púlpito a merced del público y la prensa, pronunciar su discurso, cagarla como un novato ante cámaras y periodistas... Y todo ello envuelto en una extraña y molesta sensación de pasividad. ¿Dónde se escondía la adrenalina que necesitaba para estar al pie del cañón?

Debe de ser por culpa del cansancio que arrastra desde hace semanas. Ya son demasiadas las noches sin dormir. Y las escasas horas en que logra conciliar el sueño solo le sirven para acumular ansiedad.

–Enhorabuena, Dante.

La voz lo sobresalta, iba tan metido en sus pensamientos que no se ha dado cuenta de que alguien se acercaba.

–Gracias, Enzo. ¿Todo bien?

Enzo Vela es el ingeniero jefe del BCF. Su padre diseñó y construyó casi todos los sublimadores de las instalaciones. Él se encarga de que funcionen como un reloj.

–Sí, todo bien. Voy a echar un ojo en la sala tres, parece que la cápsula hace un ruido extraño –responde el ingeniero, un tipo de aspecto huidizo e introvertido, que disfruta más con la compañía de sus máquinas que con el calor humano.

–Ya me contarás.

Se dicen adiós con la cabeza y Dante regresa a sus cavilaciones, pero la concentración dura poco. Alguien exclama a lo lejos: